

## Para un alma de metal

### *¿Podrán los robots llegar a ser considerados personas?*

En una sala de operaciones, un cirujano se encuentra frente a un paciente sedado en una camilla. El cirujano toma el bisturí y comienza a cortar la piel que recubre el pecho del paciente, asombrándose de la inusual viscosidad de ésta, pero sigue sin abandonar el pequeño filo. Deja el bisturí en una bandeja cercana y toma una sierra circular para, finalmente, abrir el esternón del paciente para acceder al corazón, pero para en seco cuando ve que éste es reluciente, lechoso, lejos del blanco hueso normal: es de plástico. Fijando más la vista, el cirujano se da cuenta de que no tiene pulmones, sino un entramado de cables en el interior de la falsa caja torácica. Sustituyendo al corazón hay una cajita de metal con un burlesco y descuidado corazón dibujado en una esquina. Si el cirujano hubiera tenido la necesidad de cortar en otros puntos más precisos, se habría dado cuenta de que por las muñecas de su paciente, lejos de algún sucedáneo de la sangre, corrían cables de distinto grosor, sujetados a la articulación por una liga de plástico; de que las rodillas y codos no eran más que diminutos sistemas de poleas y engranajes que permiten su movimiento; de que su cráneo albergaba, tras unas meninges de metal, el centro de actividad de aquel cuerpo, con un tamaño mucho menor que el acostumbrado para una persona pero con tanta o más efectividad a la hora de trabajar.

Hace unos años salió al mercado *Pepper*, un simpático robot de aspecto humanoide creado por Aldebaran Robotics. Aldebaran ya había ganado una buena reputación con otro modelo, el *NAO*, que captó la atención del público por sus prestaciones y por su gran libertad de movimiento, siendo capaz de bailar en el Pabellón de Francia de la RoboCup de 2008. Nuestro *Pepper* puede considerarse su evolución. Lo más destacable de este pequeño androide es su motor emocional, un desarrollo que le permite estudiar los rostros y los gestos de las personas con las que interactúa para tomar decisiones que hagan sentir mejor a su interlocutor. Esto permite el conocimiento, el aprendizaje y, gracias a que está conectado a la *nube*, la difusión de estos conocimientos entre los demás robots *Pepper*. Este es uno de los primeros pasos para llegar a una máquina con sentimientos, el culmen de la robótica. Dentro de unos años, puede que décadas, nos veremos capaces de diseñar un algoritmo para que cada robot desarrolle una personalidad única entre todos los demás, cada uno con capacidad de pensar, de generar juicios, con una personalidad fija. Cada uno podrá responder de forma diferente a un estímulo concreto basándose en la experiencia o en sus propios rasgos psicológicos, justo como si fueran personas. Eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿podrán los robots llegar a ser considerados personas en un futuro?

Para empezar esta reflexión sería conveniente preguntarse qué es una persona. La psicología dice que es alguien específico, englobando los aspectos físicos y psicológicos. El derecho define *persona* como todo ente que, por sus características, está habilitado para tener derechos y asumir obligaciones. La filosofía, por otro lado, debe la primera definición formal a Boecio: es una sustancia individual que existe por sí misma y se distingue de toda otra realidad porque está dotada de racionalidad, independencia y libertad. Podríamos entonces afirmar que una persona es un ser con poder de raciocinio que posee conciencia sobre sí mismo y que cuenta con su propia identidad, siendo capaz de vivir en sociedad y de tener sensibilidad, inteligencia y voluntad.

Ante todo y con la definición presente, se debería hacer una clara distinción entre *considerar* y *ser*. *Considerar* es un sinónimo de juzgar y significa tener en cuenta una condición en concreto en ese juicio; *ser* es el estado permanente, la atribución de algo que es parte de la esencia del sujeto. Sin duda alguna, cuando llegue el momento de que los robots tengan una personalidad definida y lo suficientemente profunda se ajustarán a la definición establecida de persona y, por tanto, podremos juzgarles como tales, debido a que ya lo tienen todo (personalidad, identidad, autonomía y capacidad de razonamiento). Pero les falta algo para ser personas, para ser humanos. Ese *algo* es la razón por la que le hemos negado este título incluso a nuestros primos lejanos los monos, que también cumplen gran parte de la definición de persona: los 46 cromosomas que nos definen como *Homo sapiens sapiens*, un ser vivo. Si bien un robot puede realizar una función de relación (puede responder ante estímulos), tiene una dudosa función de nutrición (la corriente eléctrica que les alimentará solo serviría para darle energía; si usáramos algún tipo de sustancia el fin sería el mismo, y no podría reparar tejidos) y, sobre todo, no tiene capacidad reproductiva que le permita dejar descendencia porque ni siquiera tiene ADN propio. En definitiva, un robot siempre será huérfano, biológicamente hablando, y nunca podrá ser un ser vivo. Con ello se niega que pueda ser persona ya que es algo íntimamente relacionado con el hecho de ser *humano*.

Por otro lado hay que tratar la aversión que producirá en la sociedad la existencia de unas máquinas que pueden sentir y que ya no son trozos de metal ensamblados. Siempre habrá gente que lo asimile de forma más rápida, pero el rechazo y, por tanto, la negación de la humanidad de la máquina, será palpable durante un gran período de tiempo. Como adición, se seguirá avanzando en otros campos para lograr alcanzar una meta escondida de la robótica: un robot humano tanto por dentro como por fuera. No todos los robots podrán tener unos rasgos faciales ni corporales similares a la morfología humana, pero aquellos que los tengan sufrirán la repulsión que sienten las personas hacia aquellos seres que se acercan de forma extremadamente acertada a su físico. Esto es un fenómeno psicológico que se repite en payasos y zombies: cuanto más humanoide sea, más siniestro resulta, formando una especie de *valle inquietante* en un gráfica que compara la apariencia de un ser

con el agrado que nos produce. Fue un fenómeno estudiado por Ayse Saygin, profesora de la Universidad de California, y según su hipótesis, podría ser resultado de una violación de las predicciones del cerebro, causando un problema que nos hace rehuir lo que vemos. Llegados a este punto, es interesante recurrir a la teoría de Aristóteles acerca de la sociabilidad natural del hombre, por la cual necesita de sus congéneres para sobrevivir. Si los robots se ven repudiados por el hombre, siendo tácitamente expulsados de la sociedad, ¿cómo llegarán a ser personas entonces?

La meta de la robótica está justo ahí, pero ¿cómo lo veremos? Es cierto que queda mucho por avanzar para ampliar la personalidad de los robots, incluyendo en ello una conciencia y autonomía plenas, pero ¿podríamos considerarles personas cuando sus rasgos sean completamente humanos, cuando su psique sea perfecto? Si es así, ¿le negaríamos entonces la condición de persona a otros seres *vivos* que no necesitan evolucionar más para ajustarse a la definición de persona, como los monos o algunos primates? Para ello habría que encarar las razones biológicas y sociales por las que no son considerados humanos, y con ello personas, o bien cambiar la definición de persona para que se ajusten a ella, pues con la que se ha tenido hasta ahora no entrarían dentro de esa categoría. Y aún así, nunca les podremos decir que *lo son* de forma completamente sincera porque en el fondo seguirán siendo solitarias y huérfanas cajas de metal que nunca podrán hacerse humanas, que nunca tendrán corazón, venas o sangre, aunque puedan registrar un sentimiento como la ira o la felicidad.

**Noire**